

JORGE LUIS BORGES (1899-1986)



Miguel de Torre Borges

*On n'est pas toujours impunément le neveu de quelqu'un
Proust (Sodome et Gomorrhe).*

EL TÍO, EL ÚNICO TÍO

Arranco con mi tío. Cuando lo empecé a conocer, no era Borges. Mi madre era su hermana, luego él era mi tío, el único que había en la exigua familia — fue tan así, que los dos sobrinos lo llamábamos por la relación de parentesco, por la categoría: Tío.

Nos llevábamos realmente bien: recuerdo que él me subía a babucha mientras tarareaba y bailaba con pasos de milonga: *Pejerrey con papas / butifarra frita / la china que tengo / nadie me la quita ...* (años después yo encontraría la partitura en *Cosas de negros* de Vicente Rossi; la letra, también, después lo descubriría, era un *ejemplo de ripio descartado* para Tío.)

Imitando la entonación de los personajes, me contaba cuentos divertidísimos, como el del explorador inglés en África que se casa con un gorila; al llegar la noticia a Inglaterra, las hermanas del novio, respetuosas de las convenciones, sólo se interesaban por el sexo del nuevo pariente y preguntaban: *Is it a he-gorilla or a she-gorilla?*

Y el tan festejado cuento del cocktail en casa del doctor Yarmolinsky que, atendiendo a sus invitados, les decía: “Sírvese su noveno *blintze*, contador Ginzberg; anímese a su decimotercera porción de *guefilte fish*, profesor Abramovicz; haga un lugarcito para su sexto *kreplach*, escribano Nemirowsky; ¡que éste sea su último *knische*, licenciada Zylberman!”

Cuando Baudelaire estaba estreñado — nos contaba a toda la familia mientras comíamos — acudía a la farmacia para que lo aliviaran: *Bonjour, monsieur l'apothicaire, est-ce que vous pourriez m'administrer un clystère?*

Cerca de París, me informaba, había un museo que atesoraba las sucesivas calaveras de Napoleón, desde la de cuando era chico en Ajaccio hasta la que tenía al morir en Santa Helena, pasando por la del puente de Arcole, la del momento en que el Papa lo coronó emperador en Notre Dame, la de la isla de Elba y la de Waterloo.

Tío me sumía en bíblicas perplejidades preguntándome quién había sido el padre de los hijos de Zebedeo (*Mateo IV:21*) y a quiénes aludía la amenaza de *que todo meante a la pared* sería muerto (*1 Reyes XXI:21*).

No podía faltar una invención libresca: tomando como ejemplo un libro de Aguilar, de la época en que tenían los cantos decorados, me explicaba que ése era un trabajo artesanal muy delicado porque había que pintar los bordes de las páginas de una en una...

Siempre “jugando del vocablo” (como Tío decía), me informaba que con su amigo Adolfo Bioy estaban “recopilando” frases de un idioma, que ya estarían hablando los alemanes afincados en el barrio de Belgrano... El idioma se llamaba “Belgrano-Deutsch”, y algunas de las frases eran: *Der Tipo hatte ein schwarze Pedo* y *Nach wir Truco spielen, rajieren wir zum Quilombo*. Al vecino distraído que se paseaba con el pantalón desabotonado, los acriollados alemanes le gritaban: *Braguetieren Sie!*

También planeaban escribir un sainete, cuyos impracticables personajes serían el Inglés Rabuffi, el Gallego Keegan, el Turco Duvernois, el Tano Muñagorri, el Ruso Sampaio y el Vasco Fainberg.

Porque los dos amigos se sentían cómodos en la grosería. Bioy, incluso, decía que “no hay nada más satisfactorio que la vulgaridad”. Mi tío siempre recordaba a Rabindranath Tagore, a quien su primo

Guillermo Juan, *Willie*, había rebautizado como *Reventarath Cagore*; al vegetariano Lanza del Vasto, a quien Mujica Lainez había apodado *Panza de Pasto* y el ingenioso amigo José Edmundo Clemente (ya harto del personaje), *Basta que Lanzo*. El primo Willie también había reescrito a Lope de Vega: *Un soneto me manda ser cagante, / que en mi vida me he visto en tal flojera: /catorce litros dicen que es enema; ...*

El agnosticismo de Honorio Bustos Domecq y de B. Suárez Lynch, agregado a la saturación que en 1934 les produjo el XXXII Congreso Eucarístico Internacional, con sede en Buenos Aires, los llevó a escribir sobre *el Nuncio y el Tigre de la Curia*; *el poderoso estilo litúrgico de Monseñor De Gubernatis*, el tango-milonga *El Papa es fija*; las cantinas *La Hostia al Paso*; *el padre Abramovicz, confesor de Fulanita* y otras risueñas irreverencias.

Al día siguiente del 16 de junio de 1955 fuimos al centro de la ciudad a ver las iglesias incendiadas por los grupos armados peronistas en la noche de aquel día. Al lado de la Catedral contemplamos los restos de la Curia Arzobispal y del Tribunal Eclesiástico, que había funcionado ahí. Al enterarnos de que un establecimiento con una denominación tan antipáticamente inquisitorial ya no existía, mi tío y yo, aliviados, nos miramos con una sonrisa cómplice...

También se despachaba con los militares argentinos, que idolatran a San Martín y leen solamente el *Martín Fierro*, que en definitiva es la historia de un desertor. ¿Qué sería entonces —decía— de un ejército basado en la desertión de los soldados?

Improvisador, repentista, asociador de conceptos aparentemente inasociables, divagador incesante que arrancaba con cualquier estímulo, como lo haría un payador, Tío daba la impresión de ser una maquinaria continua capaz de imaginar, de escribir y de proferir ideas originalísimas y siempre nuevas.

Vayan unos ejemplos. Predicar algo original sobre la revista *Gente* suena difícil; él pudo hacerlo: “Qué idea ponerle *Gente* a una revista... porque ¡gente! es lo que uno grita cuando está sentado en el W.C. y alguien empuja la puerta”. Otro: Mariana, mi primer hijo, nació en la Pequeña Compañía. Cuando le comuniqué al tío abuelo el nacimiento y dónde estaba, me dijo espontáneamente: “Está bien, porque, después de todo, qué es un bebe si no una pequeña compañía”. En otra ocasión, cuando tuvieron que extraerle las últimas

muelas que le quedaban, comunicó a la familia, mostrando así su conocimiento de la historia natural, que a partir de entonces había “ingresado al orden de los desdentados”.

Pero, al igual que su hermana, *adoleció de irrealidad*. Cuando pasó a visitar a su cuñado, que en esas horas agonizaba, salió diciendo: “Guillermo está mejor. Está mucho mejor”. ¿En qué habría basado su diagnóstico, ya que él no veía al enfermo y este no podía contestarle porque no oía? Aunque sabemos que así obran generalmente los desdichados, patéticos, arbitrarios aunque siempre queribles intelectuales, o artistas, o como se quiera llamarlos.

¿Era un criollo viejo anglizante o un inglés acriollado? No lo sé. Me gusta mucho esto que Sabato escribió sobre él: *Borges [...] con un giro o un par de palabras [...] crea vertiginosamente patria*.

Pero visualmente era una persona insignificante; con la boca cerrada, no llamaba la atención. En 1955, en el hotel de Miramar, nuestro amigo Félix Dufourcq, viéndolo tomar mansamente un plato de sopa le espetó: “¿Usted quién es?” “Me llamo Borges.” “¿Borges? Hay un escritor que se llama así.” “Creo que sí. Aunque no estoy muy seguro.”

EL PANTEÓN FAMILIAR. EL LADO MATERNO

Mi tío me enseñaba las ilustraciones en colores de la Enciclopedia Británica —los animales salvajes especialmente— y las de otros libros de su biblioteca.

Me estoy acordando de unos gauchos boleando ñandúes y de un incendio en el campo, que están en *Voyages dans les Pampas* de H. Armaignac. Pero más me impresionó el relato del viaje de Armaignac en la voz de mi tío. Al viajero lo habían nombrado médico de frontera y se había presentado en Junín a su jefe el coronel Borges, entonces recién casado. Borges, que sabía francés, lo trató con distinción, y jugaban al ajedrez todas las noches. Poco después hubo una invasión de indios y el coronel con Armaignac y los soldados salieron en su persecución. Los pampas fueron sableados y se recuperó el arreo. A los prisioneros los fusilaron o los degollaron inmediatamente. El propio Borges descargó su revólver sobre un indio que no quiso rendirse. Armaignac recogió algunas cabezas de indios, las disecó, y las mandó a una colección antropológica en Inglaterra.

Ahora viene la segunda parte de la historia: tres de aquellos cráneos estaban catalogados en otro libro de su biblioteca (Joseph B. Davis: *Catalogue of the Skulls of the Various Races of Man*, London, 1875), donde, en el lote n° 1759, el autor describía “un fuerte sablazo en el mentón, que había fracturado la mandíbula inferior”. Nos preguntábamos entonces: ¿habría sido Borges el ejecutor del sablazo?

Como yo, el querido coronel también había sido sobrino de un poeta, porque Carmen, su madre, era hermana de Juan Crisóstomo Lafinur. Y habíamos leído que este Lafinur aparecía en *Amalia* de Mármol (cap. VII, 4ª parte), aunque en boca de la alcahueta doña Marcelina: *Yo, mis amigos y la desgracia, componemos las tres unidades de la tragedia clásica, según me lo explicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabía que con nada se me contentaba más que con darme lecciones de literatura.*

También sabíamos (el cuadro está en el Museo Histórico) que en *Pasaje del Riachuelo* de Cándido López, a la cabeza del puente flotante sobre ese río correntino, se lo podía ver al entonces mayor Borges vigilando el desfile de los batallones.

En otro Museo, el de Luján, estaba la manta del coronel Isidoro Suarez. Mi abuela, la nieta de Suárez, la había donado. Ella me contaba que su abuelo la había usado en las campañas de la Independencia y que era una pieza tejida en algodón, trabajada en un telar criollo del Perú, con dibujos de águilas bicéfalas, guardas e inscripciones, todo en fondo blanco.

En Luján estaba además el sable del coronel Borges. La tradición familiar había recogido el relato de un intercambio de sables entre Lucio V. Mansilla y Borges —entre amigos era una costumbre caballerescas antes de una batalla, en este caso el asalto a una fortificación en la Guerra del Paraguay—. Volvíamos a preguntarnos: ¿el sable expuesto en el Museo habría pertenecido entonces a Mansilla?, que como escritor nunca había interesado demasiado a mi tío, aunque sí su figura romántica y novelesca.

Suárez y Rosas eran primos, pero de eso en casa no se hablaba. Un genealogista investigó el asunto y publicó un artículo que documentaba el parentesco. Tío se alarmó, advirtiendo que no sacudieran demasiado el árbol genealógico, “a ver si algún día resultaba que éramos también parientes de Perón”. Después del 55 le preguntaron

qué opinaba sobre la repatriación de los restos de Rosas. Contestó que los restos de Rosas lo tenían sin cuidado; que en ese momento lo que más le interesaba era la repatriación de los restos de Perón (entonces en pleno “exilio” dorado en Puerta de Hierro).

Hasta el grande Sarmiento se había ocupado de mi tatarabuelo Suárez:... *aquella juventud argentina que habían visto representada en la guerra por Necochea, Lavalle, Suarez, Pringles i tantos calaveras brillantes, los primeros en las batallas, los primeros para con las damas, i si el caso se presentaba, nunca los postreros en los duelos, la orjía i en las disipaciones juveniles.* (Recuerdos de Provincia, cap. sobre Domingo de Oro.)

Finalmente yo, en *Billiken*, vi un día una página entera dedicada a los coroneles Isidoro Suárez y José de Olavarría, en que aparecía nuestra bóveda de la Recoleta, donde en una urna están juntas las cenizas de los dos amigos.

Mi abuela me llevaba los domingos al cementerio, de visita y de paseo, pero solamente cuando leí, ahora impresas, aquellas historias de guerra y de amistad me di cuenta de la importancia de las tradiciones que ella, particularmente ella, me estaba transmitiendo.

Igualmente memorables eran las empanadas de La Criolla, en Guido y Junín, que comíamos después del rito funerario.

EL LADO PATERNO

En mi propia casa las riquezas eran de otro tipo. Había libros y colecciones de revistas por todos los rincones, creciendo como plantas trepadoras, y la mayoría de los libros estaban dedicados a mi padre por sus autores. Cuadros de pintores no muy conocidos por entonces —Torres García, Bores, Del Prete, hoy célebres y venerados— colgaban de las paredes libres de bibliotecas. (Una vez, para no tener que gastar en un regalo de casamiento, mis padres mandaron a los novios una acuarela de Marie Laurencin. Hasta 1950 hubo en casa un cuadro de Kandinsky que no sé adónde fue a parar. Después de la muerte de mi padre descubrí, en una carpeta, una composición cubista de Dalí de 1923 y varios dibujos vibracionistas de Barradas.) Y en esa casa, todo personaje del mundillo de las artes que pasaba por Buenos Aires era recibido por mis padres, como una escala obligada.

Pero en contraste con esos esplendores históricos y del pensamiento de las dos casas, de las dos familias Torre y Borges (todos mis parientes, los muertos y los vivos, figuraban en cualquier enciclopedia, eran nombres de calles, de estaciones de tren, de un partido de la provincia de Buenos Aires, de un conocido equipo de polo), éramos casi pobres, vivíamos todos muy modestamente, *in a genteel poverty* (como Faulkner escribió sobre su venida a menos familia sureña).

Qué familia libresca: no estaba mal visto — todo lo contrario — que cualquiera de nosotros nos levantáramos, en mitad de la comida, para verificar una cita, consultar la enciclopedia o buscar un punto en el atlas.

Sigamos entonces con los libros, que constituyeron la vida entera de mi padre y de mi tío y son buena parte de la mía; anotemos que los dos, a su manera, parejamente, me transmitieron el entusiasmo por la lectura.

LIBROS Y MÁS LIBROS

De los libros de la biblioteca de mi tío en la década del 40, me acuerdo particularmente de estos tres (es como si los estuviera viendo): *The Barbary Coast*, *Why was Lincoln murdered?*, y *The History of Piracy*, de Philip Gosse, que años después leería con fruición.

Ahora, entre tantos libros que Tío me regaló recuerdo muy especialmente: *La señal de los cuatro* y *El sabueso de los Baskerville*, en la vieja colección de tapas amarillas de Tor; *Las doce hazañas de Hércules*, la versión de Monteiro Lobato; *Cartoons: All in Line*, del dibujante humorista Saul Steinberg; *Wild Life Illustrated*, que nuestra madre nos leía a mi hermano y a mí antes de dormir por la noche, y que conservo en mi biblioteca; *Mitología nórdica*, de Eugen Mogk; *Extinguished Animals*, en formato apaisado y tapas de cartón, con lindísimas ilustraciones; la décima edición de *La vuelta de Martín Fierro*, “adornada con diez láminas” deliciosamente elementales.

También recuerdo dos libros, curioso regalo para un chico: el *Diccionario de argentinismos* de Lisandro Segovia y *Cincuentenario de la federalización de Buenos Aires* de Enrique Muello (1932), cuyos dibujos y fotografías despertaron mi afición por la historia de la ciudad,

haciendo de mí un diletante “barriólogo”, como dice Jorge Lafforgue, mi amigo literato.

Creando yo fui más grande me traspasó el Quijote comentado por Clemencín; y los diez tomos de la *Historia* de López, que habían sido de su padre.

OTROS REGALOS

Además, a lo largo de los años, me regaló objetos muy heterogéneos: una lupa, un cortaplumas del tipo suizo, discos – *Taquito militar*, *Sixteen Tons*, cantado por Frankie Laine y por Sinatra, para comparar las versiones, *Zamba de Vargas*, *St. Louis Blues*, *Put the Blame on Marine*, *Boys* y *Amado mío*–, una linterna, lapiceras, un fantástico calidoscopio, antiparras para nadar abajo del agua...

Qué tiempos. Pensar que en aquel entonces era un humilde empleado municipal –si aquella fue su época de “sólida desdicha”, yo al menos no lo noté y no lo recuerdo desdichado–. A fin de mes y cuando cobraba algún extra (un prólogo, artículo o traducción) compraba para todos chocolate amargo, turrón de almendra o una bolsa de galleta marinera. (“Cuando llueve, todos se mojan”, decía.)

Cuando renunció al empleo tuvo que pronunciar conferencias para vivir; para esto debió viajar: allá partía hacia las provincias con una valijita de fibra donde mi abuela le metía una muda de ropa por cada día, y el camisón de Don Quijote que usaba para dormir. Él sólo agregaba unos libros de consulta o para leer en el tren y un cuaderno espiralado con apuntes. (Con el tiempo daría cientos de conferencias; aunque él nunca asistía a este género de discursos, que evidentemente no le interesaba.)

Desde las ciudades del interior Tío nos mandaba postales, la clásica foto de la plaza principal, nunca cartas, con unas líneas de divertidísimos comentarios sobre el ambiente del lugar: *Bahía se parece al Rosario y también a La Plata, no a las tierras del quichuista; y: De Resistencia, que lío es una gran ciudad (y quizá, agregaría Paul Groussac, el epíteto huelga), te dará una idea suficientemente monótona y desarreglada la imagen del reverso. También “cruzaba el charco”, como decía mi abuela, hasta que, como no era peronista, el denegado Certificado de Buena Conducta le vedó la Banda Oriental.*

Una vez que salía para Mar del Plata le pedí que anotara el nombre de las estaciones por donde pasaba el tren. A los pocos días recibí una tarjeta suya, donde abajo del nombre ponía: *Te manda un beso. Tío, y al dorso, encolumnados:*

Constitución

Lomas

Adrogué

Chascomús

Dolores

Maipú

Mar del Plata.

TÍO ESCRIBIENDO Y LEYENDO

Hay más recuerdos del departamento de Maipú y Charcas. Cincuenta años después me parece verlo en su escritorio de madera lustrada, alumbrado por un velador de brazo flexible, al alcance de la mano su libro de consulta: un descabalado *Diccionario manual e ilustrado* de la Academia, trazando con una lapicera fuente (que a pesar de su torpeza él mismo cargaba; ésta era una de las escasísimas manualidades que realizaba) su letra de patas de mosca en unos cuadernos Independencia Argentina, Avon o Lanceros Argentinos cuadrículados. ¿Acaso lo habré visto escribir el "Poema del cuarto elemento", "El Aleph", "*Deutsches Requiem*", "El Zahir"? Es muy posible que sí.

Qué curioso; salvo una excepción, me acuerdo de él leyendo solamente la Enciclopedia Británica —la undécima edición, comprada de segunda mano en el 29—. Lo re veo: sentado en el piso del living, con las piernas cruzadas, frente a los primeros estantes de una de las bibliotecas Thompson (las que tienen tapas de vidrio), donde se alineaban los veintitantos tomos, "navegando" de un artículo a otro con gran rapidez.

La excepción fue la siguiente: cierta vez, cuando lo vi leyendo *un libro* —estaba recostado en el sofá colocado contra el ventanal sobre Maipú, la cabeza en un brazo y los pies en un almohadón—, le pregunté qué estaba leyendo y me contestó muy entusiasmado: "*The Martian Chronicles* de Ray Bradbury". Esto debe de haber ocurrido en 1953 o 1954, porque a fines de 1955 ya no podía leer.

BORGES EN FRANCÉS

Ahora vayamos atrás, cuando yo empecé a leerlo, o mejor dicho a escuchar a Victoria Ocampo leyendo “Mateo, XXV, 30”, en francés... En 1951 o 1952, el editor Arturo Jacinto Álvarez, azorado de que en casa no hubiera radio ni tocadiscos, le regaló a mi madre un sencillo combinado de mesa y tres discos: *Nuages, La mer y Sirènes* de Debussy. Poco después León Felipe le mandó a mi padre una grabación suya donde leía “Walking Around” de Neruda, y mi abuela —en su casa ni siquiera había una radio— nos cedió unos discos donde Victoria Ocampo recitaba en francés algunos poemas de Tío.

Así, durante años pasé esos pocos discos hasta casi borrarles el surco, al punto de saber de memoria los extraños versos: *Sucede que me canso de ser hombre. / ... El olor de las peluquerías me hace llorar a gritos. / ... sería delicioso asustar a un notario con un lirio cortado / o dar muerte a una monja con un golpe de oreja. / ... hay dentaduras olvidadas en una cafetera, / ... hay paraguas en todas partes, y venenos y ombligos ... y: Le premier pont de Constitution et à mes pieds / le fracas des trains qui tissaient labyrinthes de fer / ... / Frontières du Brésil et de l'Uruguay ... / la charge de Junin dcins ton sang / ... Et la mémoire, quel'homme ne peut regarder sans vertige, / ... Et tu n 'as pas encore écrit le poème.*

Después, ya en español, ¡menos mal!, leí lo que iba apareciendo en *La Nación* el domingo y *Evaristo Carriego* completo...

CAMINANDO POR BUENOS AIRES Y MONTEVIDEO

Qué gran caminador era. Caminar fue su única actividad física. En su juventud le había gustado nadar. Pero desdeñaba todos los deportes. (Cuando le dije que había empezado a jugar al tenis me comentó: “Qué estupidez”. Me dolió.) Salíamos a dar vueltas por su querido barrio Sur y él, muchas veces, de alguna manera se las arreglaba para desembocar, como culminación del paseo, en la Escuela Coronel Suárez de Venezuela al 700, donde, feliz, me mostraba el busto del bisabuelo. Una vez en Adrogué avisaron que en las afueras habían matado a palos a una comadreja; allá fuimos varias veces ese día, a contemplar el cadáver del ladrón de gallineros... También hubo largas caminatas en Tanti, en las Sierras de Córdoba, Tío declamando el “Salmo pluvial” después de las tormentas de verano.

Por la calle Florida tomábamos incontables cafés con crema al paso; él, siempre distinto en todo, revolvía el café con movimientos de la cucharita que iban de un extremo al otro de la taza, no contorneándola como hacemos el resto de los mortales. Para comer me llevaba a La Emiliana, Chiquín, Pedemonte (de Rivadavia), Chantacuatro (la cuota de color local), London Grill, La Corneta del Cazador, La Helvética, a los irre recuperables salones británicos de las estaciones de Constitución, Once y Retiro. De pizzerías y de aquellos *establecimientos tradicionales de aparición reciente que se denominan ‘parrillas’*, ni hablar.

No pueden faltar recuerdos de caminatas por la Ciudad Vieja del querido Montevideo, visitas al antiguo Morini, al Tupí, al Telégrafo, y el homenaje al general Miguel Estanislao Soler retomando el Cerrieto (otro antepasado ilustre; pero en casa se hablaba poco de él porque había sido federal, aunque “lomo negro”). Mientras caminábamos, me instruía sobre las encantadoras palabras del idioma del país: *boniato, botija, un Martín Fierro, un liso, pasiva, dragón y dragonear, blandengues, turco hasta el dos, vintén...*

Me informaba que los *colorados* —contrariamente a lo que podía suponerse— habían sido los partidarios de Rivera, el aliado de los proscritos argentinos antirrosistas; en cambio los *blancos* estaban con Oribe, que tenía a Rosas de su lado. También que la calle Rincón recordaba una batalla librada contra los brasileños en el lugar llamado Rincón de las Gallinas o *Rincón de Haedo*, según la curiosa inclinación de los uruguayos a dar dos o más nombres a una misma cosa.

TRUCO Y LUNFARDO

Me enseñó a jugar al truco. Recitaba las coplas para cantar la flor, desde la clásica *Por el río Paraná...* pasando por la cuarteta criolla que evoca a la paradoja de Zenón *Una carrera corrieron /el sapo y la comadreja, / y el sapo, al aventajarla, / le dijo flor en la oreja* y la idílica *En los jardines de Diana / tengo una rosa en botón, /consérvate casta y pura /si querés llamarte flor*, hasta las deliciosamente torpes *Don Carlos de Tejedor, /con una paciencia loca /le rompió el culo... y a Roca /con un nabo de mi flor, y: Por metérsela a una mina / muy estrecha de cadera / la poronga me quedó / como flor de regadera , y: En la estancia del Pelado, /donde retorta el peludo, / he visto un gringo mamao / con una flor en el culo...*

A mi vez yo le comuniqué la letra de una cuarteta oída en Adrogué, una noche de Carnaval: *Una murga se compone /de cuatro nariguetas, /a vos le rompo el culo / y a tu hermana la cajeta*, que celebró efusivamente. Y él me ilustraba sobre el significado de expresiones como “ancú el de yacumín”, “sobretodo de madera”, “Quinta del Ñato”, “manflora” o “manflorita” (una vez dijo “manflorista”, ya en pleno delirio verbal), sobre la diferencia entre “marroca” y “marroco”, y me contaba lo que su amigo Nicolás Paredes decía de una mujer fácil: “Si habrá visto cielo rasos...”. Estos términos me daban una gran satisfacción; hasta llegué a creer que un día logrado era aquél en que uno nuevo me era revelado...

También recuerdo su fobia por ciertas palabras, por ciertas *curiosas fealdades*: *búsqueda*, por ejemplo, en vez de *busca*. Para él *búsqueda* sonaba horriblemente mal; aunque para mí *busca*, la voz que él prefería, era lo que se decía a los perros para que siguieran un rastro...

MILONGAS Y TANGOS

Del truco y el lunfardo saltamos fácilmente al tango. Empecemos por *...y oigo el eco /De esos tangos de Arolas y de Greco / Que yo he visto bailar en la vereda...* Me acuerdo que de Arolas le gustaban *Comme il faut*, *Derecho viejo*, *El Marne* y, especialmente, *Una noche de garufa*. A mí me gustaba además *Fuegos artificiales*, aunque me parece que él, por delicadeza, para acompañarme, hacía como que le gustaba; tenía razón, porque hoy siento que los chisporroteos de fondo suenan falsos. Y aunque Tío conversó sobre los orígenes del tango con los hermanos de Vicente Greco y no le disgustaban *Rodríguez Peña*, *La viruta* y *El estribo*, sospecho que usó el nombre del compositor sólo para rimar con eco...

También conversó con José Saborido (la letra de *La morocha*, según mi tío, desmerecía la música, y *Felicia* era para él un tango lindísimo) y con Ernesto Ponzio (*no suelo oír “Don Juan” sin recordar con precisión un pasado apócrifo*).

A estos tangos *primordiales* habría que agregar *El caburé*, *El cuzquito*, *El flete*, *El Maldonado*, *El torito*, *El entrerriano*, *Hotel Victoria...*, tangos que oía como en éxtasis, cerrando los ojos y acompañando los acordes con movimientos del torso y de los pies.

Para muestra bastan unos pocos tangos; lo que vino después –esto lo escribió ya en 1923–: *fue el tango actual, hecho a fuerza de pintoresquismo y de trabajosa jerga lunfarda.*

Pero definitivamente prefería la milonga (*Sector comisario, Mate amargo, Pejerrey con papas, La puñalada, Cara pelada, Kyrie eleison, El carrero y el cochero* de Villoldo) al tango. Pero si de escuchar tangos se trataba, volvía siempre a los antiguos tangos dichosos, ejecutados por tríos de flauta, violín y acordeón, de los que entonaba los estribillos: *De L'Abbaye la espantaron /y la razón no le dieron, /pero después le dijeron / que era por falta de higiene, /pues la pobrecita tiene / una costumbre asquerosa, / que no se lava la cosa /por no gastar en jabón* (Teisseire: *Entrada prohibida*); *Quisiera ser canfinflero /para tener una mina, /metérsela con bencina /y hacerle un hijo aviador, /para que bata el record /de la aviación argentina* (Aróstegui: *El apache argentino*); *Payanca de mi vida, / no te apresures /que el polvo que me echo / quiero que dure* (Berro: *La payanca*).

Y cómo nos divertíamos con el título velado de algunos tangos, aunque a veces velado a medias: *La cara de la luna, Las siete palabras, Sacúdime la persiana, Empujá que se va a abrir, Tirá la cadena, Qué polvo con tanto viento, Dos sin sacar,* y los obvios *El fierrazo y El choclo.*

EL TANGO ORIENTAL

Un entreacto oriental. Cuando en 1956 fuimos a Montevideo le pedí a Tío que me recomendara algún tango, esta vez uruguayo, para comprarlo. Me contestó sin vacilar: *Cartón ligado* —claro, *La Cum-parsita* era demasiado obvio y además no le gustaba para nada—. Fui al Palacio de la Música en 18 de Julio y se lo pedí al vendedor. Lo trajo, pero resultó ser la partitura, no el esperado disco de pasta. Por mi cortedad, la compré lo mismo, y al día de hoy no sé de dónde sacó mi tío esa inesperada precisión, del mismo modo que yo nunca logré todavía escuchar el famoso *Cartón ligado* de Edgardo Donato.

GARDEL Y BORGES

Se dice que a Tío no le gustaba Gardel. No fue así, le gustaba su manera de frasear, que, a juzgar por su arrobamiento cuando yo, por ejemplo, le hacía oír nada más que los versos *Rechiflado en mi tristeza / hoy te evoco y veo que has sido,* le llegaba bien hondo. Lo que le des-

agradaba de él eran su endiosamiento póstumo, su aspecto físico — lo veía parecido a Perón —, la tontería de muchas de las letras de sus canciones, *la sensiblería del inconsolable tango-canción*.

Una lista de las letras preferidas (Gardel con guitarras, naturalmente) sería ésta: de Manzi *Milonga del 900* y *Milonga sentimental*; de Celedonio Flores *Mano a mano* y *Margot*; de Contursi *Flor de fango*, *Mi noche triste* e *Ivette* (inmortalizado en nuestra familia por la versión de la querida amiga Quica González Acha); de Alfredo Le Pera el estilo *Guitarra, guitarra mía*; y de Manuel Romero *Fume compadre* (también lo cantaba Quica), sin olvidar *Polvorín*: una vez que mi tío no me había sentido llegar, lo encontré en su cuarto entonando a voz en cuello *Parejero de mi vida, / lindo zaino de ojos vivos...*

También, en algún momento, le gustó Jorge Vidal (¿porque casi cantaba como Gardel, pero no era Gardel?) y fuimos a un local en la calle Corrientes a escucharlo cantar *Puente Alsina* y *Tres amigos: Dónde andarás, Pancho Alsina? / ¿Dónde andarás, Balmaceda? / Yo los espero en la esquina / de Suárez y Necochea*. (El coronel Isidoro Suárez, como pasando el aviso, siempre está cerca.)

Cerrando el capítulo tanguero: ya en época tan temprana como la llamada Guardia Nueva, *la ese italiana* y *la copiosa gesticulación italiana* de los cantores sobresaltarían a tal punto a mi tío, que equipararía los tangos que ellos interpretaban a la monstruosidad de las estriencias operísticas.

CINE Y OTROS ESPECTÁCULOS

Ahora vamos al cine. Cuando todas las mañanas paso entre el mural de López Claro y el de Castagnino (en éste aparecen los nombres de Meliés, Griffith, Chaplin, Buñuel, O'Flaherty y Eisenstein), no puedo dejar de pensar que al fondo de la ahora extensa librería estaba la pantalla del mítico cine Lorraine.

Hace 40 años Tío y yo vimos allí, entre otras “vistas del biógrafo”, *39 escalones*, *El cochecito* de Marco Ferreri, *El ciudadano* (entonces no me interesó), *La diligencia*, *La quimera del oro* (la única de Chaplin que a él le gustaba), *El delator*, *Rashomon* y *Los siete samurais*, *Mientras la ciudad duerme...* También a los hermanos Marx en *Locos de atar*, *Una noche en la Opera*, *Servicio de hotel* y a Alec Guinness en *Los ocho sentenciados* y *El quinteto de la muerte*, que le provocaban ataques de in-

contenible *fou rire*, que ponían muy incómodos a quienes estábamos cerca de él.

Debo también a la conjunción del Lorraine con mi tío la revelación de *El acorazado Potemkin* y de *Alejandro Nevsky*: nunca olvidaré su entusiasmo por la segunda, acompañando con saltos en el asiento la carga de los caballeros teutónicos, con el fondo musical de la cantata de Prokoviev.

En otros cines recuerdo que hemos visto *Beau Geste* (¡con el entierro a lo *viking!*), *Posesión satánica*, *Lawrence de Arabia*, *Gilda*, *El tercer hombre*, *Casta de malditos*, *Jungle Book...* Y *westerns* a granel: *Un tiro en la noche*, *El pistolero invencible*, *Ser malo fue su destino*, *Lo que no se perdona*, *A la hora señalada...* A propósito de la última, ¿cuántas decenas de veces la habrá visto? Porque cuando alguna película lo apasionaba era su modalidad llevar al cine a una persona distinta cada noche. De ese modo podía compartir sus propias impresiones recibiendo, cada vez, nuevas opiniones, que comunicaba, a su vez, a la espectadora (siempre eran mujeres) de la vez siguiente. Así, comentando, indagando, encuestando, armaba sus particularísimas conclusiones.

Le interesaban los adelantos técnicos, conoció el Cinerama, el 3-D y el CinemaScope, soportó así *La conquista del Oeste*, y celebró *El Manto Sagrado*, claro que más por la espectacularidad de la pantalla panorámica que por otras cosas.

A pesar de su santo horror por los “musicales” (sumos ejemplos de su horror: Fred Astaire y Ginger Rogers) vio conmigo *Rock around the Clock* en el cine de Miramar —salió de verlo muy entusiasmado con la música y divertidísimo con la vulgaridad de los diálogos, especialmente con lo que decía Bill Haley, cuando quería organizar *a great jamboree from Coast to Coast*—; *Amor sin barreras* —lo vio muchas veces porque realmente le gustaba esa historia de pandillas neoyorquinas y porque quería determinar si el enamorado de María había exclamado *I’m a Top Hat in Town* o *I’m a Tom Cat in Town*—, y obviamente *Mi bella dama*, como un homenaje a su admirado Shaw.

Algunas veces el que veía primero una película era yo, y, conociendo el gusto de Tío, se la recomendaba entusiásticamente. Anoto en esta lista, entre otras, a *Psicosis*, *A pleno sol*, *Socorro* y *Submarino amarillo*, también a las fundadoras del agente 007, las protagoniza-

das por Sean Connery. Tuve éxito con las dos primeras, especialmente con la de Hitchcock, que vio innumerables veces; en cambio, nunca pude convertirlo al culto de los Beatles y de James Bond.

Releyendo la lista de los films verifico que no hay ninguno argentino. Tampoco español; aunque ahora recuerdo que vimos uno (¿título?) que nos gustó muchísimo, con compadritos andaluces, uno de ellos apodado "El Chiclanero". Ocorre que a mediados del siglo pasado muy poca gente (de la que uno conocía) veía otro cine que no fuera el anglosajón o el francés; a las películas "habladas en español" o "sin subtítulos" se las tenía cómo de consumo para el personal doméstico (Cantinflas, Imperio Argentina, Sandrini, eran tabúes); haciendo un paralelo, el chamamé y el pasodoble habrían sido los equivalentes musicales del cine argentino y español.

En casa alguna vez vieron cine argentino; la excepción creo que fue algo de Luis Saslavsky (¿*Historia de una mala mujer?*, ¿*La fuga?*). También vieron *El crimen de Oribe* y *Días de odio*, pero no se las recomendaban a nadie... Merece la pena citar lo que Tío escribió sobre *Los muchachos de antes no usaban gomina*: *Es indudablemente uno de los mejores films argentinos que he visto: vale decir, uno de los peores del mundo.*

Un recuerdo curioso: la repugnancia de mi tío por los títeres, marionetas, sombras chinescas, payasos, mimos, mascaritas, disfraces, etcétera. Así, cuando en el cincuenta y pico se anunció en el teatro de Adrogué una representación de la compañía I Piccoli de Podrecca y me mostré interesado en ir, él se fastidió ostensiblemente. A pesar de esto fui a ver los títeres; ahora me parece que su rechazo era fundado, o que no valía la pena ir, porque no tengo ningún recuerdo de la función, bueno o malo.

Por la ópera, el poema sinfónico, el ballet y otras *imaginaciones horribles* sentía un rechazo instintivo muy fuerte; la opereta, la zarzuela, el vaudeville (Maurice Chevalier especialmente) y las canzonetas eran ruidos molestos cuya sola mención le daban arcadas; los conciertos y el teatro lo aburrían mortalmente. Aunque leía teatro, claro; sospecho ahora que el teatro en un escenario no le gustaba como lo apasionaba el cine porque le costaba seguir con la vista el movimiento de los personajes. Sin embargo, una vez que lo habían arrastrado a una pieza de Shakespeare, traducida al español y representada por malos actores, dijo que había salido "deshecho de pa-

sión trágica". Por la misma razón ocular, creo, tampoco le interesaban los paisajes y los museos.

"Estamos comiendo", solía decir, cuando le mentaban a algún político, escritor, pintor o músico despreciado. O cuando alguna desgraciada invención literaria se sacaba a relucir: Pinocho, Arsene Lupin, *gentleman cambrioleur*, El Principito, Pimpinela Escarlata, Tarzán de los Monos, Don Ramiro...

Quiero cerrar la sección de espectáculos con un típico comentario malévolo de mi tío sobre uno de los últimos films que llegó a "ver", *Hiroshima, mon amour*, donde el reproche del arquitecto japonés: *Tu n'as rien vu en Hiroshima*, resultaba parafraseado así: *Oui, malheureusement j'ai vu... Hiroshima...*

LITERATURA PRÁCTICA

Mucho se ha comentado su fabulosa, su legendaria memoria para recordar versos; era así, no hubo exageración en esto. Pero no se habló de su prodigiosa (y divertidísima) aplicación práctica de la literatura a lo cotidiano. Por ejemplo, ante una mala noticia: *Cuando me lo contaron sentí el frío / de un acero en las entrañas; / me apoyé en el muro, y un instante / la conciencia perdí de dónde estaba* (Bécquer); sobre una persona que se había atracado de carne de cordero: *Señor coronel Gorordo, / permítame que le diga / que me bala la barriga / de comer carne-ro gordo* (Estanislao del Campo); a alguien que quería anular una cita: "Dígale que usted tiene a *later engagement*" (Wilde); para referirse a personas muy despreciadas: *Vil chorlo del pajonal / que al par del águila vuela* (Almafuerte); solidarizándose con un judío: *En un lejano pogrom le degollaron al hijo / del que una noche me dijo: / "¡Era un gallardo Absalom!"* (Carlos M. Grünberg); de una mujer ingrata: *Cuando el bacán está en cana, / la mina se peina rizos. / No hay mima que no se espiente / cuando el bacán anda misho* (Anónimo); cuando, en vez de lo esperado, llegaba lo indeseable: *Soudain, joyeux, il dit: Grouchy! – C'était Blücher! / L'espoir changea de camp, le combat changea d'âme* (Victor Hugo) – como felizmente para nosotros los lectores la literatura (o el mundo de los libros, para ser menos pomposo) es una biblioteca inagotable, sin fondo, encontré años después en Proust a un nieto de aquel mariscal Grouchy de Waterloo, llegando, también con retraso, a una comida en lo de Guermantes – .

Seguía diciendo, ahora sobre casas o también sobre personas muy humildes:... *completamente rodeada por el cardo y la flechilla / ... está una triste tapera descansando en la cuchilla* (Elías Regules); sobre él mismo, que se había desmoronado en un sofá: *Nous aurons des lits pleins d'odeurs légères, / Des divans profonds comme des tombeaux* (Baudelaire); a mí, enfurruñado: *Et je m'en vais / Au vent mauvais / Qui m'emporte / Deçà, delà. / Pareil à la / Feuille morte* (Verlaine); al que caía en la cuenta que estaba enamorado: *Al promediar la tarde de aquel día, / Cuando iba mi habitual adiós a darte, / Fue una vaga congoja de dejarte / Lo que me hizo saber que te quería* (Lugones); sobre un compadrito que acababan de presentarle: *Usaba grasa de "La Negra" en la chuza / y enarbolaba un lengue rante / como una bandera rantifusa... / ¡ Y tenía el berretín alucinante de trabajar- de prepo a las chiruzas!* (Carlos de la Púa), o: *Con un vestuario papa, boa ranera / y un par de caminantes encharolaos / parece el ray de todos los retobaos / cuando clava sus tacos en la vedera* (Yacaré); titeando a un esnob: *Se espirajushió temprano porque era un baile mistongo, / y se fue a jugar un truco a lo del negro Cotongo (?)*; dirigiéndose al comedor: *Y como es ya el momento de sentarse a la mesa, / Llega el niño peinado y entran la mayonesa* (otra vez Lugones); dejando atrás los límites de la Argentina: *...y pronto, sin ser sentidos, / por la frontera cruzaron. // Ya cuando la habían pasao / una madrugada clara, / le dijo Cruz que mirara / las últimas poblaciones; / y a Fierro dos lagrimones / le rodaron por la cara.*

Cerrando la serie, cuando iba a visitarnos decía (vivíamos entonces en Juncal y Libertad): *Mañana por la mañana / Me voy a las Cinco Esquinas / A tornar un mate amargo / De la mano de mi china, o : Parao en las Cinco Esquinas / Con toda mi contingencia, / Por ver si te rompo el alma / Ando haciendo diligencia*; cuando la junta política de notables de turno elegía al sucesor: *Approuvé par le Conclave, mais non par le Firmament!* (?); refiriéndose a una mujer que lo (o me) transtornaba: **** a kosmos, of Manhattan the son* (Walt Whitman).

MUJERES VARIAS

A propósito: ¿por qué, con algunas excepciones, lo apasionaban las mujeres mediocres, las menos dotadas, las *de escasas luces*? De esta manera, unas cuantas medraron a su sombra. Coleccionaba frases

tontas y le divertía repetir a los cuatro vientos las estupideces que algunas mujeres decían.

De la serie me vienen a la memoria la presunta escritora que lo llamaba por teléfono para preguntarle si tal o cual palabra se escribía con e, con s o con z (mi tío, entre divertido y fastidiado, decía que en casa de ella no había diccionarios y que, de haber tenido uno, no habría sabido usarlo; que tan ignorante era que ni siquiera tenía concepto alguno de su ignorancia, porque tampoco lo tenía de la cultura, etcétera); aquella otra que creía que Ezequiel Martínez Estrada era pariente de los Estrada; la que nunca había leído un libro escrito en el español de España, y que llamaba "punteo" a la puntuación; otras, ni siquiera sabían inglés... Siempre había material fresco para estas anécdotas, divertidísimas porque además el recopilador-narrador parecía sinceramente asombrado.

En una ocasión le preguntaron a mi tío, por aquel entonces académico de letras, qué opinaba sobre la incorporación de Victoria Ocampo a la Academia, y él contestó: "Me parece bien, aunque es un precedente riesgoso, porque la aceptación por primera vez de una mujer le deja la puerta abierta a *** (una notoria arribista, amiga de él), y no habrá ya argumentos para rechazarla".

(Sobre V.O.: no la quería pero le guardaba un respeto reverencial porque era mayor que él, tenía autoridad y poderío económico, había demostrado coraje cívico y por ser una mujer explosiva, con la que era preferible estar en buenos términos. Pero, intelectualmente, no la tenía en mucho. Sus opiniones, sus preferencias, sus libros no le interesaban. Como muestra de su voluntarismo, de que cualquier realidad podía modificarse y también de su ignorancia de las artes gráficas, mi tío contaba que cuando le presentaron el número uno de *Sur* —ya impreso y encuadernado—, ella sólo dijo: "Está bien, pero que lo hagan con la letra más chiquita".)

En su biblioteca no había libros de escritoras. Para él las mujeres eran seres a los que había que venerar, *...raudo y absorto y de rodillas, / como se adora a Dios ante su altar*, pero no leer. Solamente lo oí ponderar a una escritora, a Silvina Ocampo, de quien recitaba versos de *Enumeración de la patria: Anterior a tus casas, Dios te amaba. / Solo, imitando al sol, te contemplaba* y: *Recuerdo de Adrogué las calles bienvenidas / paseadas tan despacio después de las comidas*, aunque no le gustaban

sus cuentos. De otra escritora, Estela Canto, me dijo que era la mujer más inteligente que había conocido, pero ni una palabra sobre sus novelas.

EL BORGES FAMOSO

A fines de la década del cincuenta su estilo de vida estaba cambiando. Ahora era un conocido funcionario —que, de paso, hizo conocer a la Biblioteca Nacional, por muchos ignorada, al punto que ni siquiera sabían dónde quedaba—, tenía una cátedra fija, nada menos que de Literatura inglesa y norteamericana, traducían sus libros, lo entrevistaban continuamente, viajaba —después de treinta y tantos años de continuidad en el Río de la Plata, volvía a Europa y llegaba a Estados Unidos, conocía el Manhattan de *Bartleby* y del *proveedor de iniquidades Monk Eastman*, el Boston de Poe, el Mississippi de Huck Finn y de Lazarus Morell—.

Además, lo premiaban y lo condecoraban; *consiguió honores improbables: [...] la Academia Nacional de Medicina de Rio de Janeiro le puso un collar de oro al pescuezo* (había escrito sobre Eduardo Wilde), y ahora él mismo conseguía esos honores...

Eso de los honores y distinciones y doctorados que le llovían, nunca me gustó; me parecía que lo podían distraer de su fatalidad de escritor, para la que estaba programado. Tampoco el gremialismo, el ambiente de los escritores —burócratas— funcionarios creo que lo favorecía; sin embargo, dedicó muchas horas de su tiempo a la política chica de la Sociedad Argentina de Escritores.

Me acuerdo ahora de Antonio Aita, un socio de la S.A.D.E. que competía por la presidencia descalificando a los otros candidatos diciendo de ellos: “No tienen obra”. Este eslogan —aplicado a los demás—, por una persona, el “doctor Aita”, que *tenía una figuración intelectual muy administrativa*, le causaba tanta gracia a mi tío como el título que apareció en el diario al día siguiente del almuerzo de Sabato, Horacio Esteban Ratti (presidente de la S.A.D.E. en 1976) y él mismo con el general Videla: “Tres representativos escritores en la Casa de Gobierno”. Tío, famosamente, comentó: “¿Representativo de qué es Ratti?”

Claro está que en ese ambiente había gente de valía, y cívicamente valerosa, y muchos eran buenos amigos suyos, y él mismo había si-

do presidente de la S.A.D.E. cuando nadie quería “agarrar” el cargo. Además, la escenografía lo era todo para él: nada menos que una casona de la calle México, del Sur, con cancela de cuatro hojas, aljibe y patios... Transcurrido el tiempo vemos que sus sarcasmos con los ignotos estaban justificados, porque, salvo el que esto escribe, ¿quién se acuerda hoy de Aita y de Ratti?

Cuando aceptó ser académico de letras (recién sería incorporado en 1962, cuando resultaba escandaloso que el escritor más conocido no perteneciera todavía a la corporación), yo me escandalicé. Si siempre había sido el más talentoso e independiente hombre de letras, el enorme burlón de toda solemnidad –yo lo veneraba como a un Arlt, aunque de la especie cultivada, naturalmente–, ¿por qué ahora –como él me decía con sorna de buena parte de sus pares– se mezclaba con “vagos señores de los que nadie podría citar siquiera el título de sus libros”, con figurones que ya Bustos Domecq había ridiculizado para siempre en el personaje del doctor Gervasio Montenegro?

En 1972, en casa, viéndolo a mi hijo Gonzalo de sólo dos años armar una torre con unos cubos, dijo: “Me pregunto cuántos académicos de letras serían capaces de hacer lo mismo”. Pero las sesiones de la Academia, aunque le parecían tediosas, lo mantenían ocupado por unas horas... y eran una fuente inagotable para sus parodias y sarcasmos.

Aunque, claro, terminó por acostumbrarse al nuevo estado, porque ¿a quién le hubiera disgustado el halago, después de los *recuerdos intolerables*, [...] *la derrota, la humillación y las postergaciones*’?

En la carrera literaria –me informaba cuando apenas lo conocían–, para conseguir holgadamente lo que uno aspira había que ser “puto o comunista, y si las dos cosas iban juntas, mejor” (Borges *dixit*).

DÁNDOSE LOS GUSTOS

Con un poco más de plata en el bolsillo, empezó a darse algunos gustos: compró grabados de Piranesi y de Luigi Rossini en Ad Insigne Aldi, unas pesas de bronce, un reloj de arena, algunas primeras ediciones en *L'Amateur* y en lo de Pablo Keins –*los turbios purgatorios de libros viejos de la calle Lavalle* habían quedado atrás–. Pero nunca fue un bibliófilo como lo entienden los miembros de la Socie-

dad de Bibliófilos Argentinos; nada de *obscenas ediciones de lujo*: libros-objeto, libros en rama con estuche o libros “de arte” para la mesa ratona. O como el doctor Adolfo Bioy, que hacía encuadernar *todos* los libros que le dedicaban.

Eso sí, le interesaban algunas ediciones antiguas, las ediciones de la época en que había vivido algún escritor venerado, y la edición en que él mismo había leído por primera vez ciertos libros. En esto, Borges y Proust se tocaban, porque para éste el colmo de la felicidad habría sido volver a poseer el mismo ejemplar en que había leído por vez primera aquella obra que lo conmocionó. Es decir que si a los dos escritores se les hubiera ocurrido ser bibliófilos, lo habrían sido solamente de una manera especial: buscarían las ediciones originales (para ellos primeras ediciones), aquellas en que recibieron del libro una impresión original.

Un ejemplo: mi tío buscó un tiempo, hasta que alguien se la regaló, la edición del Quijote de Garnier en que de chico lo había leído. Para él los mismos grabados en acero, las mismas notas y hasta las mismas erratas formaban parte del libro que consideraba como el único y real Quijote; al punto que cuando lo había releído en otra edición le pareció que no se trataba del mismo Quijote. Y si el mismo ejemplar de alguna obra u otro semejante volvía a sus manos le ponía: *recuperado*, lo firmaba y lo databa.

También entonces encargó algo que siempre había querido: un sello de goma rectangular que rezaba: JORGE LUIS BORGES / MAIPU 994 y la almohadilla correspondiente.

Como cuando llovía todos se mojaban, yo también tuve mi parte: *Los planos más antiguos de Buenos Aires* de Taullard, *Uniformes militares* de Udaondo, *Edward Hopper's Life and Work*, *The Great West* y *The Civil War*, *Quiroga* de Urien, con su impresionante galería de retratos, la tercera edición del *Facundo*, los 16 volúmenes de *The Arabian Nights* de Burton, una fotografía de Cinco Esquinas que compró en Witcomb (hace poco pude datarla: la había tomado Christiano Junior en 1876), el álbum *Buenos Aires antiguo*, publicado por la misma Witcomb en 1925.

Hablando de libros, no quiero olvidarme de cuando íbamos a la primitiva Emecé, al lado de La Fragata, y Tío, director de El Séptimo Círculo, me regalaba el último título de esa colección tan querida.

Aclaro que me estoy refiriendo a aquellos ejemplares de los primeros cien números, encuadernados en tela verde y con sobrecubierta.

Por suerte, en lo esencial seguía siendo el que yo había conocido en mi infancia. Aunque algunas veces, cuando algún enamoramiento no era correspondido, lo vi desanimado; también, cuando probó al lado de la ventana, con luz natural, unos enormes anteojos especiales que parecían un microscopio, o un telescopio, haciéndolos bruscamente a un lado porque ni siquiera con ese aparato distinguía las letras del libro que sostenía en la mano. Eso ocurrió hacia 1957.

Esperanzado, seguía comprando libros que, envueltos en papel madera, apilaba en la parte superior de las estanterías de su austero dormitorio-escritorio-biblioteca, sólo ornamentado con dos acuarelas de Xul Solar: *Tlaloc, dios Lluvi de México* y *San Monte Lejos*, valiosos bienes hoy. Para reconocer los libros escribía en cada paquete, con grandes mayúsculas, las iniciales del autor, diciendo: "Para cuando tenga vista...".

Y al final de su vida, el misterio. A mi juicio, las palabras definitivas sobre esa época las escribió mi madre, y *La Nación* las publicó el 16 de junio de 1986. El lector encontrará el texto en el capítulo cuatro de este escrito.



Sin moralejas ni aburridas enseñanzas, ni imposiciones, ni "mensajes", sin preceptos explícitos ni fastidiosos decálogos, aprendí de él a leer sin prejuicios, con el mero ejemplo, recibiendo de esta manera la mejor base; aunque podía percibirse su malestar cuando me veía leyendo libros como *Tartarin de Tarascon*, las novelas de Maurice Leblanc, *Dracula*, las *Sonatas* de Valle-Inclán, *La vorágine* de Rivera, *Los siete locos* y ¡una biografía de Gardel!... Largo tiempo creí devotamente que los autores que a él no le gustaban eran los malos escritores —tan grandes eran su peso y su influencia y su no compulsivo poder de convicción—; por esto, mucho me costó arrancarme la parte de error y de exageración que había en esa creencia y cortarme solo en la maraña libresca.

Pasados ya quince años de su muerte, cuando leo algunos libros: *La trilogía de Nueva York*, *Memorias de África*, *Los restos del día*, los *Unexpected Tales* de Roald Dahl; cuando veo en el cine *Nunca te vi*,

siempre te amé, Los duelistas, Ran, Tomates verdes fritos, El silencio de los inocentes, Tombstone, Un extraño entre nosotros, Los sospechosos de siempre; cuando camineo por alguna de sus "patrias"; cuando imagino su alarma si oyera palabras como multidisciplinario, posicionamiento, referencial, interactivo, ameritar, sumatoria, instructivo (usado como sustantivo), de cara a, hoy por hoy, no diré que lo añoro — porque suena a imposible cursilería — sino que me haría muy feliz que estuviera vivo para compartir con él la fascinación de las cosas nuevas.



Clausuro estas páginas, que en realidad son un largo catálogo de autores y de títulos (pero a mí me gustan mucho las listas y las enumeraciones, y a Tío también le gustaban), con el siguiente diálogo:

— Para mí el mejor escritor del mundo es Rider Haggard — le dije hace unos 40 años, muy convencido.

El sólo me contestó:

— ¿Te parece?

Miguel de Torre Borges